

do publiqué *Hombres y engranajes*, denunciando los crímenes de Stalin, esos mismos crímenes que muchos años después el propio Kruschev se vio obligado a denunciar, fui acusado de ser agente de la policía, aquí, y de recibir dinero de la Embajada norteamericana? Era la época, para colmo, en que debíamos hacer cualquier tarea con Matilde para comer, simplemente para comer, ¿Cómo no me voy a enojar si pareciera que debo rendir constantemente examen?» (4). «...se dice que me quejo o alardeo de ser "acusado por igual de fascista o de comunista", lo que no es cierto. Lo que he dicho hasta el cansancio es lo siguiente: que por mi defensa de la justicia social los reaccionarios me consideran comunista y que por mi repugnancia al socialismo totalitario, así como por mi posición filosófica, los comunistas me consideran reaccionario. Que es lo menos que han dicho de mí, dicho sea de paso. Porque cuando mucho antes que los propios jefes stalinistas se vieran obligados a reconocer los crímenes de su patrón (una vez muerto, claro), los que como yo denunciábamos aquellos horrores fuimos acusados de recibir oro de Wall Street y de ser confidentes o miembros de la policía» (5). «Es trágico y siniestro que el fanatismo y la mala fe difundan el sofisma "o comunista o fascista". Parece que inevitablemente hubiese que ser —de un lado o del otro— partidario del terror, la venganza, la opresión, la calumnia, la duplicidad y el servilismo que caracterizan a todos los regímenes totalitarios» (6). Duplicidad y servilismo. Esas son, creo, las dos amañadas virtudes que ejercen algunos escritores occidentales que, lo repito, con cólera dignísima claman contra las dictaduras fascistas del Oeste y su reguero de encarcelados, torturados, desaparecidos y asesinados, mientras callan o balbucean con elegante moderación sus matizaciones contra las tiranías comunistas y su reguero de encarcelados, torturados, desaparecidos y asesinados. Para ellos, los derechos humanos son más geográficos que sagrados, y las libertades (de asociación, de reunión, de sindicación, de partido, de culto) son, en un lado, burguesas, y en el otro, extasiantemente proféticas; para ellos, unos gobiernos criminales están podridos por la oscuridad de su propio pasado de explotación, y otros gobiernos criminales están iluminados (apenas se subsanen «algunos errores», naturalmente, no faltaba más) por todo el portentoso lucerío del futuro; un bloque almacena destrucción termonuclear para hacer estallar el mundo desde su insaciable rapiña geopolítica, y el otro bloque almacena destrucción termonuclear para defender el planeta —cada vez más porciones del planeta, pero aquí no hay rapiña sino avance del progre

(4) *Claves políticas*, pp. 46-47.

(5) *Claves políticas*, p. 109.

(6) Ernesto Sábato: *Heterodoxia*. Alianza Editorial. Madrid, 1973, p. 107. (Primera edición argentina, 1953.)

sismo—, contener al Maligno Capitalista y alcanzar, alguna vez, la ecuménica paz; para ellos, una huelga en Occidente es un derecho de la clase trabajadora, y una huelga en el Este es un sabotaje (orquestado por extranjeros horrorosos, verbigracia la CIA); para ellos, los vietnamitas eran heroicos mientras que los afganos son reaccionarios altisonantes; un sindicato clandestino o semiclandestino en una dictadura del Oeste es una prueba de conciencia de clase mientras que *Solidaridad* es una manada de cabritos polacos conducidos por los obispos; un intelectual adversario de una tiranía del Oeste es un progresista valeroso mientras que un disidente ruso es un delincuente común (Luis Corvalán dixit); cuando un grupo de guerrilleros raptan un avión y aterrizan en La Habana se trata de combatientes antiimperialistas, pero cuando Castro autoriza el paso a la embajada del Perú y en una sola noche se agolpan once mil cubanos en busca de asilo político todos los once mil son «lúmpenes», maricones y putas (la finura verbal no es mía, es de las autoridades cubanas). Por cierto: ¿tantas prostitutas y «lúmpenes» después de veinte años de revolución? Y, en fin, la negativa de las dictaduras del Oeste a concederles pasaporte a sus enemigos políticos es una conculcación de los Derechos del Hombre en tanto que, en el Este y sus países sirvientes, esa misma negativa a entregar pasaportes no ya a enemigos políticos sino a la totalidad de su población, excepto comisarios y otros adictos, ¿qué es? Y la duplicidad y el servilismo permanecen, igual que permanece el Muro de Berlín. La metáfora no es ociosa: el conjunto de intelectuales occidentales que aún justifican lo que está sucediendo a la derecha del Muro de Berlín conforman una especie de muro de Berlín moral (es decir: inmoral) que pretende—pero ya de forma angustiada—contener la libre circulación de la moral civil. Levantan sus adobes de elogio al Faro del Progresismo, o su argamasa de complacencia o de penumbra, con el ánimo de articular un muro de prestigio literario y «revolucionario» tan alto que no puedan saltárselo, sobre todo, los jóvenes. En verdad, su tarea es pavorosa. Callar lo que no hay que callar cuando ya hay tanto que decir, o aludir a ello con carita de buena educación y dando vueltas al sombrero, es como pretender acaparar la lluvia con una taza de café. Si no nos dieran risa tendrían que darnos pena.

\* \* \*

Mas producen, también, un poco de vergüenza. Trato a menudo de imaginar cómo contemplarán los lectores futuros a tantos escritores de nuestra época que hacen tan pudorosos equilibrios para llamar fromage a lo que se está viendo que es queso y para, en suma, colabo-